

Estudio de Caso Comunidad de Cerro Norte

*“Del Cerro nos quieren sacar por tener muy buena vista,
pero pa luchar por los derechos la gente siempre está lista”*

(Copla de doña Esther durante la X Feria del Maíz, Cerro Norte, 13 de junio de 2015)

Información geo-referencial

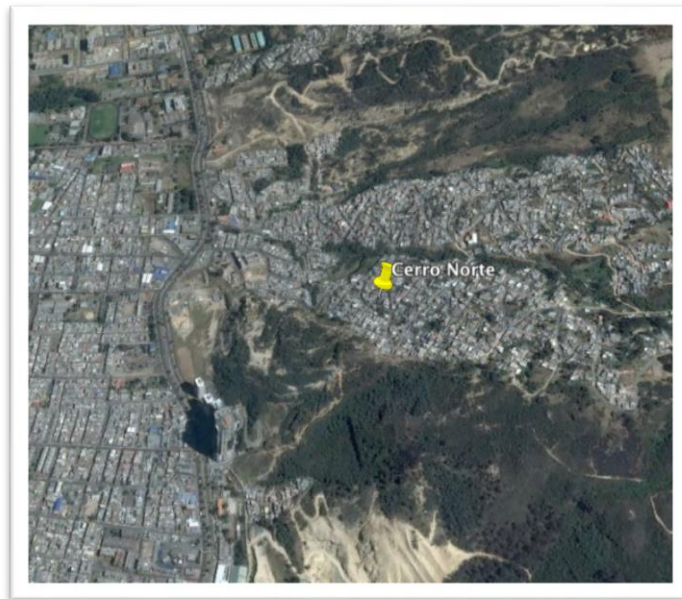
El barrio Cerro Norte se encuentra ubicado al nororiente de la ciudad de Bogotá, y como su nombre lo indica, pertenece a un grupo de urbanizaciones populares, que como pequeñas colmenas, se encuentran diseminadas entre los Cerros Orientales, una cadena montañosa que sirve de frontera natural de la ciudad.



Administrativamente hace parte de la localidad primera de Usaquén con una población estimada en 418.792 mil habitantes. Pertenece a la Unidad de Planeamiento Zonal (UPZ) de San Cristóbal Norte, la cual ha sido caracterizada por la administración distrital como una zona prioritaria de intervención ya que está conformada por “asentamientos humanos de origen ilegal, con uso residencial predominante de estratos 1 y 2, con serias deficiencias de infraestructura, accesibilidad, equipamientos y espacio público.”¹

A pesar de constituirse como la ciudad con mayor concentración demográfica y densificación urbana del país, gran parte del área metropolitana de Bogotá todavía es rural en la medida en que representa más de la mitad de la superficie global de la ciudad. Al igual que cientos de barrios que hoy yacen sobre la ladera de los cerros orientales, Cerro Norte nace en la periferia como el resultado de la migración de miles de familias campesinas, que de los años cincuenta en adelante, vinieron a buscar refugio o bienestar familiar, además de un lugar en la ciudad.

¹ Diagnóstico tomado del informe “Dinámica de las construcciones por usos de la localidad de Usaquén en los años 2002 y 2012” realizado por la Unidad Administrativa Especial de Catastro Distrital. http://www.catastrobogota.gov.co/sites/default/files/files/Dinamica_de_la_construccion_por_usos_Usaquen.pdf



Fotografía aérea del barrio Cerro Norte: Latitud: 4°44'1.01"N; Longitud: 74° 1'9.60"W

Informalidad y acciones colectivas por acceder a la tierra

Más que un barrio, Cerro Norte constituye un territorio para muchos de sus habitantes. Más que una división física o un espacio de residencia, consumo y reproducción de fuerza de trabajo², este territorio es el resultado de formaciones históricas y culturales que nos hablan de un escenario de sociabilidad, luchas y experiencias asociativas a través de las cuales se construyen sentidos e identidades. Geográficamente ubicado en la frontera donde se acaba lo urbano y empieza lo rural, Cerro Norte ha sido el hábitat de varias generaciones que vienen tejiendo comunidad. El sentido de pertenencia de varios miembros de la comunidad con su territorio se ha forjado al calor de numerosos conflictos y reivindicaciones por el derecho a la ciudad, a la vida digna y a ser soberanos alimentariamente. Durante más de treinta años, este territorio ha visto nacer procesos de organización vecinal y comunitaria cuyos ejes de acción se han concentrado en la lucha por los servicios públicos; la educación popular y la atención a la primera infancia; y más recientemente, a la defensa de la tierra y la conservación de las semillas criollas.

² Torres Alfonso, *"Barrios populares e identidades colectivas"*, Serie Ciudad y Hábitat – N.6 – 1999
www.barriotaller.org.co

Entre los procesos y experiencias más representativas al interior del territorio se encuentran las Asociaciones de Defensa de los Derechos del Niño “Cerro Norte” y “Viila Nidia”, que a su vez hacen parte de la Coordinadora de Organizaciones Populares de Defensa de los Derechos del Niño y la Niña; la casa de mujeres “matrices de mil colores”; los hogares infantiles; la casa taller juvenil; el club de abuelos “los conquistadores”; y la granja agroecológica y experimental Hugo Fernández. Durante los últimos años, el trabajo que se viene desarrollando en estos espacios se ha orientado hacia una pedagogía ambiental mediante programas agroecológicos que resaltan el papel de la propia comunidad como productora y consumidora de alimentos sanos y libres de agro-tóxicos:

“Venimos realizando un rescate de la soberanía alimentaria, el cual también ha sido un proceso de reivindicación del derecho a la alimentación, el derecho a la vida y el derecho al territorio, y pues ha sido todo un proceso... Nosotros somos una organización que llevamos treinta años de trabajo donde hemos venido construyendo derechos que el mismo Estado nos ha negado.... este barrio se ha caracterizado por el trabajo comunitario... y pues esto le ha dado vida a muchos proyectos que son alternativas a las problemáticas que existen en nuestra comunidad.” (Hermencia Guaqueneme, líder comunitaria).

Si bien son varias las familias y personas del barrio comprometidas con el trabajo colectivo, los talleres y actividades que allí se llevan a cabo, el liderazgo reposa predominantemente sobre un conjunto de personas, en su mayoría mujeres, a quienes se les ha confiado la vocería dada su entrega y capacidad de organización. Entre ellas se encuentran dos líderes históricas, María del Carmen Rojas y Hermencia Guaqueneme, ambas mujeres procedentes del campo que arribaron al sector a principios de la década de los setenta, y por tanto, han vivido y participado en todo el proceso de construcción del barrio; Abel Chocontá, actualmente encargado de liderar el trabajo agroecológico con los jóvenes en la granja experimental; y además, un grupo de mujeres más jóvenes que hacen parte de la siguiente generación, y actualmente se desempeñan como maestras y educadoras populares en los hogares infantiles. Alrededor de este núcleo, se reúnen algunos grupos de jóvenes y adultos mayores que acompañan el proceso realizando labores en el ámbito de la cultura, el arte y la organización logística de encuentros.

En el caso de Cerro Norte, la problemática de acceso a la tierra en principio se manifestó como la necesidad de acceso a la vivienda y el hábitat; estas demandas se remontan al momento de fundación del barrio a comienzos de los años 70 y por ende, dichas circunstancias propiciaron el germen de la organización que desencadenó en la articulación de esfuerzos y voluntades por conseguir un techo o un lugar físico para vivir.

La ocupación y posterior posesión de los terrenos en esta zona en particular hizo parte del proceso de expansión de las periferias bogotanas surgido a finales de los sesenta. Para 1964, el número de migrantes campesinos que arribaron a la ciudad ascendía a los 850.433,

extendiendo la mancha urbana hacia las zonas bajas del suroccidente y noroccidente, así como hacia las montañas orientales. En general, predominaron dos vías de acceso a la tierra por parte de los nuevos pobladores populares. Una de ellas fueron las “invasiones” organizadas sobre terrenos deshabitados donde se crearon los primeros asentamientos, acciones generalmente alentadas por grupos eclesiásticos de base inspirados en la teología de la liberación, partidos de izquierda o asociaciones de vivienda populares. Cabe destacar, que estas invasiones de hecho fueron menos frecuentes.

La segunda forma de acceso es el resultado de la proliferación de un mercado informal del suelo a la par de una enorme debilidad del aparato estatal; en Bogotá este fenómeno se denominó urbanización “pirata” o urbanización sin planificación, proceso que durante los años 60 y 70 fue la tendencia más común y través de la cual se fundaron Cerro Norte, Villa Nidia, Santa Cecilia Alta, Zorotama, entre otros barrios. Esta forma de acceso surge a partir de procesos informales de subdivisión urbana que tomaron lugar principalmente en las periferias. Entre las faldas de los cerros nororientales, el suelo se destinó para la explotación y extracción de rocas y arena que serviría de materia prima para la construcción y expansión de la ciudad. Quienes administraban y poseían estas extensiones de tierra usualmente eran particulares, antiguos terratenientes y urbanizadores informales que accedían a su compra por los bajos precios, para posteriormente dividir los lotes baldíos y venderlos a las familias recién llegadas. Una vez se efectuaba la compra, en la mayoría de los casos se entregaban escrituras o títulos de propiedad a los nuevos usuarios.

El testimonio de doña Carmen, abuela y líder comunitaria, ilustra parte de estos acontecimientos:

“Yo conozco el barrio recién se estaba empezando a poblar, yo vine al barrio la primera vez desde el 68, yo no me había casado, y después vine a vivir en el 71. Éramos gente que venía del campo, de Boyacá, de aquí de Cundinamarca, de Santander. Inclusive decían “ay tan rico que uno puede comprar acá porque podemos seguir cultivando”... el que me vendió el lote me dijo “yo le vendo la mitad y vendemos el otro por otro lado, y yo como en ese momento estaba prácticamente sola para darles estudio a las chicas... entonces yo dije, mejor mido, y si no yo habría comprado todo el lote. Y entonces las familias llegaban con seis, siete hijos, todos pequeños, entonces ellos decían, “bueno aquí por lo menos podemos hacer un ranchito, una casita de tela asfáltica o de latas, o de madera” o lo que fuera, y ellos se ponían y empezaban a sembrar.”

Si bien varias de las primeras familias que llegaron no se conocían entre sí, rápidamente empezarían a despertarse afectos y vínculos en común, por la urgencia por resolver primero problemas comunes, para después hacer viables utopías compartidas:

“Inicialmente acá nosotros no teníamos agua, no teníamos luz, no teníamos calles pavimentadas... Y todo se hizo comunitariamente. El salón comunal, la represa, los salones del colegio... eso los iniciamos nosotros como comunidad. El hogar infantil, la casa de los

abuelos, el centro de salud, pero lo que hacen las entidades es no favorecer procesos como estos.”

Como sostiene Alfonso Torres, investigador y gran conocedor de las historias barriales y sus luchas en Bogotá, podría entenderse la utopía como las formas concretas de resolver problemas, donde “la verdadera solución es la acción organizada de la población para afrontar sus necesidades y constituirse como el sujeto del cambio”.³

A pesar de que para la década de los noventa el barrio había sido formalizado gracias al acceso a los servicios públicos, ni los títulos de propiedad ni el estatus “legal” de sus viviendas fueron garantía de estabilidad para los habitantes de Cerro Norte. Como resultado de los fallos judiciales que reglamentaron el uso del suelo de los cerros orientales como reserva forestal y la progresiva valorización del suelo que atrajo nuevos proyectos inmobiliarios para las clases altas, la comunidad ha tenido que incorporar hasta el día de hoy diferentes estrategias para permanecer y defender su territorio.

Entre ellas se identifican: la compra colectiva de terrenos destinados como granjas para la conservación de semillas y producción orgánica de alimentos; la creación de personerías jurídicas que cobijan legalmente a las organizaciones permitiéndoles tener interlocución directa con las entidades públicas; la adhesión a la mesa ambiental de los cerros orientales, red de procesos barriales, territoriales y comunitarios que se origina con el propósito de frenar los desalojos de las comunidades al declarar los territorios como “áreas protegidas” reconociendo la permanencia histórica de los asentamientos populares como alternativa para enfrentar problemas como la especulación con el precio de la tierra. Más recientemente, también han jugado un papel importante la organización de eventos y actividades que reivindican la soberanía alimentaria como estrategia para visibilizar la gestión que la comunidad ha hecho en términos de un manejo ambientalmente responsable del territorio así como del rescate de los saberes ancestrales.

Idiosincrasia y costumbres campesinas en la ciudad de Bogotá

La metamorfosis del espacio físico y simbólico

De la avenida séptima para arriba, hacia el oriente, a la altura de la calle 163 y de cara a la montaña, es posible vislumbrar una estrecha vía, que como una serpiente, recorre en zigzag

³ Torres Alfonso, “Organizaciones populares, identidad local y ciudadanía en Bogotá”. Proyecto de investigación adelantado por el equipo de la Línea Memoria, Identidad y Constitución de sujetos. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá, 2002

el cerro, delimitando a los costados locales comerciales, mercados, bosques, pastizales y pequeñas edificaciones de ladrillo.

De la séptima para abajo, hacia el sur y el occidente, se erige un paisaje de grandes edificios, centros financieros, urbanizaciones residenciales, parques y centros comerciales.

Desde que llegaron, los habitantes de estos cerros han sido testigos del proceso de metamorfosis que ha sufrido el norte de Bogotá, la transformación de amplios terrenos verdes de la sabana bogotana a partir la aparición de avenidas, escuelas, fábricas y demás equipamiento urbano; la densificación de una porción de la ciudad que se extendió de espaldas a estas comunidades. Mientras los funcionarios y entidades de la administración distrital tardaron décadas en reconocer la existencia de barrios como Cerro Norte, para después, caracterizarlos como asentamientos humanos “ilegales” y precarios, los pobladores populares rápidamente entendieron que los servicios e infraestructura, la educación o la seguridad alimentaria no llegaría por cuenta del Estado; con escasos recursos materiales, empezaría un arduo proceso de autogestión donde el ingenio y la organización mutua permitirían trazar silenciosamente las viviendas, la escuela, el salón comunal, la represa y el acueducto comunitario.

Características socioculturales

Hasta el día de hoy, la idiosincrasia y costumbres campesinas se mantienen en la población de más avanzada edad. En las calles y tiendas todavía se respira un ambiente de pueblo, donde siempre hay caras familiares y es posible ver de vez en cuando bajar, temprano en la mañana, a las señoras cargando bultos de papa o maíz en mulas o terneros. Las ruanas y ponchos siguen siendo parte de la indumentaria básica para ahuyentar el frío de la madrugada, así como el sombrero para esquivar el rayo de sol a medio día.

Además de algunos apellidos, los gestos y las huellas que se marcan en los rostros, el trabajo y cultivo de la tierra también hacen parte de una tradición rural que pervive en Cerro Norte. De la región cundiboyacense, los santanderes, Tolima y otros departamentos cercanos al centro del país, vinieron las primeras familias pobladoras. No obstante, una vez llegados a la ciudad, muchos de ellos tuvieron rápidamente que enfrentarse a múltiples situaciones por cuenta de las nuevas necesidades: unos tuvieron que vincularse directamente a la producción capitalista como obreros de construcción o jornaleros en las fincas de la sabana; otros le hicieron frente a la desocupación desempeñando diferentes labores informales en el barrio u ocupándose del cuidado doméstico y familiar.

“Lo que pasa es que en esa época la mayoría de las personas trabajamos en flores porque era una posibilidad de tener un trabajo... lo que era servicio doméstico y el trabajo en las flores y los hombres en construcción, esos eran los trabajos que más se veían acá... Pero la verdad es que ese trabajo fue una explotación terrible, y por ejemplo muchas mujeres que

trabajaron allá en las flores han muerto a raíz de los químicos que utilizan en las flores. Eso realmente ha sido una explotación y un atentado contra el trabajo de las mujeres, porque sobre todo mujeres fueron las que han accedieron al cultivo de las flores... yo también trabajé 11 meses en las fincas pero me echaron por revolucionaria, porque les iba a hacer sindicato, nos descubrieron y ¡echaron a 100 personas!" (Hermencia Guaqueneme, líder comunitaria).

Independientemente de los oficios o estrategias para conseguir el sustento al interior de la urbe, fue usual que las familias destinaran espacio y tiempo al cultivo de la huerta unifamiliar o de "pancoger" en sus viviendas. De la misma manera, hasta hace pocos años las familias empezaron a dejar de criar animales en sus predios, cuando antes era totalmente habitual tener gallinas, ovejas y conejos. A pesar de la regulación a la que ha venido siendo sometida la población con las llamadas "normas sanitarias" que prohíben la tenencia doméstica de este tipo de animales, esta tradición todavía pervive en algunas familias. Ejemplo de esto, es el lugar que ha ocupado el burro en el relato histórico y colectivo del barrio:

"La mayoría de personas de acá del barrio tenía su burrito porque era el que subía el mercado, el que subía materiales, el que subía la ropa, el agua... todo... con él trazamos las primeras vías... era como un miembro de la comunidad..." (Abuela Esther).

En la actualidad, entre las familias y vecinos que hoy habitan en este territorio, tal vez el porcentaje más alto de la población se concentra entre los 5 y 20 años de edad. Mientras en los jóvenes y adolescentes todavía hay índices de deserción escolar, en la primera infancia existe una cobertura educativa bastante amplia. De hecho, la educación y la defensa de la niñez fueron parte del germen de la organización en la década de los setenta, cuando las madres no tenían con quien dejar a sus hijos y no existían ofertas educativas institucionales. En los documentos y testimonios de varios líderes frecuentemente se evoca y conmemora la historia de Lucy y Hugo Fernández, una pareja de educadores populares chilenos que llegaron a este sector de Bogotá en 1974 huyendo del golpe militar de Pinochet.⁴ Como empleados del ICBF (Instituto Colombiano de Bienestar Familiar), los maestros chilenos constataron la inoperancia de las instituciones a la hora de brindar salud y educación en los Cerros, razón por la cual capacitaron a las madres comunitarias y promovieron la organización de los Hogares infantiles, los cuales propiciaron el nacimiento, años más tarde, del Servicio de la Defensa de la Niñez (SEDEN).

Por otra parte, también es considerable el número de habitantes que tienen de 50 a 80 años; dada la alimentación sana, buenos hábitos y constante actividad, además del protagonismo

⁴ Faundes Juan Jorge, "La fértil huella del exilio chileno en Bogotá. Alternativa popular al Leviatán neoliberal, Revista Punto Final N.726, Santiago de Chile, 2011. <http://www.puntofinal.cl/726/Exilio.php>

que el mismo barrio le ha conferido a las generaciones más antiguas como portadoras de la memoria viva, la tercera edad constituye hoy un grupo poblacional robusto y visible. A principios del 2000 se fue consolidando el grupo de abuelos que hoy cuenta con un espacio propio, y entre las labores que desempeñan colectivamente resulta visible el cultivo de alimentos y plantas medicinales en antejardines, patios y lotes baldíos.

Paradójicamente, el porcentaje de habitantes que se encuentra menos vinculado al proceso comunitario es el que se encuentra en su mayor capacidad productiva, entre los 25 y 35 años de edad, que en su mayoría se desempeña en una diversidad de oficios que van de la venta de bienes en los comercios locales, el servicio de transporte informal y la albañilería y construcción.

Es por esta razón, por la brecha que hoy todavía existe entre las antiguas generaciones y las generaciones más jóvenes, que varias de las actividades y proyectos de las organizaciones comunitarias allí presentes se enfocan en programas de trabajo pedagógico que vincule tanto a niños y adultos alrededor de la tierra y los alimentos; de esta manera se fortalecen y reivindican prácticas como la agricultura o la conservación del agua y las semillas como una forma de garantizar a futuro un relevo generacional que continúe con la defensa del territorio.

Al realizar actividades que convocan a distintos sectores de la población que allí habita con la finalidad de crear vínculos productivos, culturales y sociales, el barrio empieza a concebirse como un territorio. Se convierte en un escenario donde se construyen identidades colectivas híbridas, urbanas, populares y campesinas, donde prevalecen modos y experiencias compartidas entre la población como constructores y usuarios del espacio urbano, y a su vez se retoman prácticas campesinas como parte de un proyecto político al interior de la comunidad.

Historia de la demanda y estrategia de acceso

“Cerro Norte ya era parte de Bogotá, porque el barrio fue legalizado con personería jurídica en el 71-72. Que fue cuando se formó la primera junta de acción comunal. Primero, para poder hacer todo ese trámite, que es muy dispendioso, se hizo una junta cívica... A finales de los sesenta y comienzos del setenta, no había agua, no había luz. La luz llegó acá en el 71... eso por solicitudes digamos a nivel de la primera junta cívica y de la junta de acción comunal, ahí empezaron a gestionar la luz. Pero, ¿sabe que hacían? Dejaban los postes abajo en la séptima y cada habitante tenía que traer su poste donde se iba a quedar... entonces eran convites de hombres los días domingos a trabajar para traer los postes para ponerlos donde fueran a quedar. Para el agua nos tocó hacer tres tomas, tres paros a nivel de los barrios” (María del Carmen Rojas, líder comunitaria).

La historia de acceso a la tierra, lucha y construcción del territorio en Cerro Norte puede resumirse a grandes rasgos a través de tres faces o hitos. El primero da cuenta del momento de llegada en el que cada familia accedió particularmente a su predio por la compra, cesión u ocupación. Durante este período se dio una lucha intensa por la consecución de una vivienda y servicios básicos como la luz, el agua, el alcantarillado y la pavimentación. Un segundo momento corresponde a la lucha por derechos sociales como la salud y educación. Por último, ya resueltas estas necesidades, con los cimientos comunitarios cada vez más sólidos, se inició la lucha por la tierra y la alimentación, por la capacidad de decidir autónomamente qué y cómo se producen y consumen los propios alimentos. Estos tres momentos de lucha encuentran como lugar común la exigencia y construcción de derechos sociales, derechos colectivos sobre el territorio que implican la posibilidad de tener una vida digna.

Línea del tiempo



El gobierno decreta como reserva forestal a los Cerros Orientales, desconociendo el asentamiento de familias. Cerro Norte lucha por servicios públicos.



Nace la Mesa Ambiental de Cerros Orientales



Se hace la compra colectiva de la Granja Experimental Hugo Fernández

1971	1976	1982	2004	2005	De 2010 en adelante
Nace Cerro Norte y la primera Junta de Acción Comunal. Cientos de familias accedieron al territorio a través de la compra de lotes.		Por el trabajo de las madres comunitarias y Hugo Fernández, nace la organización SEDEN, impulsora de los hogares infantiles.		Nace la Feria del Maíz, encuentro anual por soberanía alimentaria.	

Disputas por el control de la tierra y estrategia de visibilización

La experiencia de los sectores populares que han habitado los Cerros Orientales de Bogotá ha estado atravesada por varios conflictos históricos relacionados al control y posesión de la tierra, así como la constante explotación y tratamiento que se le ha dado al territorio. El proceso de poblamiento de los Cerros estuvo ligado a la explotación de canteras para la extracción de arena y piedra, principales insumos para la industria de la construcción en la ciudad. Esta situación generó por un lado, la conformación de barrios obreros a lo largo de la cadena montañosa, y por el otro, por los bajos costos del suelo, la llegada de familias migrantes que encontraron condiciones para autogestionar su vivienda.

Por medio del *Acuerdo 30* de 1976, el Instituto Nacional de Recursos Naturales Renovables y del Ambiente declaró a los Cerros Orientales como Área Forestal Protectora Bosque Oriental de Bogotá, y una década más tarde, se expidió el primer Plan integral de estructuración y manejo de los Cerros Orientales.⁵ A pesar de estos intentos por regular los usos y manejos del suelo, prevaleció una ausencia en la planeación y control que se demuestra por la continua explotación mineral y el desarrollo de complejos urbanísticos para las clases altas dada la posición estratégica de los cerros en la ciudad. Esto ha tenido claros impactos en el valor del suelo, “presionando a los sectores populares a salir de allí mediante compras enteras de barrios y acciones jurídicas injustas por reclamación de propiedad.”⁶

La comunidad de Cerro Norte siempre ha sido escéptica frente a la presencia de los funcionarios públicos en el territorio así como frente a la ambigüedad que caracteriza la legislación que hoy existe respecto al tema. En varias ocasiones, las autoridades han acudido a señalar que la comunidad vive en zonas de alto riesgo con el propósito de desalojar, o en el mejor de los casos, reubicar las viviendas de varias familias. Sin embargo, mientras se restringe e ilegaliza la ocupación de las clases bajas, incrementa la construcción también ilegal para las clases más altas. Las constructoras y empresas de servicios públicos han propugnado por erradicar progresivamente los barrios de los cerros, ejerciendo coerción y vigilancia sobre las poblaciones aledañas para restringir su expansión.

Los acontecimientos sucedidos en el barrio El Codito, sector vecino de Cerro norte, el 26 de julio de 2007, ejemplifican la amenaza de desaparición que sufren estos barrios. El Codito, Santa Cecilia o Cerro Norte, son barrios que mantienen un proceso lento de expansión por cuenta de la llegada continua de nuevas generaciones de desplazados que huyen del campo a raíz de los más recientes ciclos de violencia. Durante esta fecha, la Alcaldía Local de Usaquén hizo pública y efectiva una orden de desalojo y demolición de viviendas en este lugar, sin

⁵ Mesa Ambiental de Cerros Orientales, “*Territorios populares, ambiente y hábitat. Propuestas de Política Pública desde los cerros orientales de Bogotá.*”, Biblioteca Virtual CLACSO, Bogotá, 2008.

⁶ *Ibíd.*, pág 21.

consulta previa o concertación, vulnerando los derechos colectivos de dicha comunidad. A pesar de que lograron dismantelar un par de casas y desalojar a algunas familias, la presión ejercida por la mesa ambiental de los cerros orientales permitió frenar este proceso.

“Buscan diferentes excusas para sacarnos. Cogen individualmente a las familias, hablan con ellas y las convencen para sacarnos. Entonces como dicen, divide y vencerás... Sabemos que hay intereses sobre nuestro cerro, porque es muy rico en naturaleza, en agua, hay intereses de que aquí se construyan megaproyectos para el corredor ecológico, son intereses turísticos. Para ellos somos el parche del norte de Bogotá, todos los cerros que estamos aquí, arriba de la séptima. Cuando venimos de allá para acá, vemos que todos son edificios muy bonitos, y claro para ellos nosotros deberíamos estar en el sur, el espacio donde deben estar los pobres... Sin embargo, acá hemos logrado estar unidos, y es que la mesa de cerros ha estado trabajando a pesar de todas las dificultades, es la que ha puesto una posición frente al Estado, y ha hecho que cambien algunas cosas...” (Hermencia Guaqueneme, líder comunitaria).

Al día de hoy han disminuido las presiones de desalojo. La mayoría de las familias cuentan con los títulos de propiedad sobre sus predios, sin embargo ahora se les exige una licencia de construcción. Por estar ubicados en zona de reserva forestal, a la comunidad se le impide vender o seguir construyendo viviendas.

A pesar de estas adversidades, gracias a la visibilidad, organización y capacidad para ejercer presión que estas comunidades han aprendido a desarrollar, se han podido generar espacios de interlocución con la alcaldía y entidades públicas como parte de una estrategia para defender el territorio y garantizar la permanencia de la población. Esto ha sido un proceso reciente, sobre todo, entre los períodos de 2004-2008 y 2012-2015, cuando la administración distrital ha sido ocupada por gobernantes de talante progresista que han formulado políticas sociales más acordes a los intereses populares.

En materia de gestión ambiental y emprendimientos productivos, entidades públicas como la Secretaría de Ambiente y el Instituto para la Economía Social reconocieron el trabajo de la comunidad de Cerro Norte con relación a la conservación que han hecho de las especies nativas así como los procesos agroecológicos que allí desarrollan. En el 2006 bajo el programa Bogotá Sin Hambre, la alcaldía de Luis Eduardo Garzón inició la creación de una red distrital de agricultura urbana que alcanzó a aglutinar a 6000 mil agricultores. Cerro Norte hizo parte de esta red como reservorio de semillas, y como parte del convenio consiguió traer al territorio programas de capacitación e insumos para la adecuación de sus espacios. Como resultado de esto, han logrado gestionar recursos para la realización de una serie de ferias campesinas en su territorio, y participado en otras que se realizan en distintas localidades al norte de la ciudad.

La cosecha del trabajo comunal como inspiración

Actualmente, la soberanía alimentaria se ha constituido como una matriz desde la cual se originan proyectos pedagógicos, productivos, artísticos y culturales al interior de la comunidad. Al mismo tiempo, Cerro Norte pertenece a la red plataforma rural, plataforma que trabaja desde el año 2008 y tiene como núcleo base cinco reservorios de semillas que operan en diferentes barrios populares de la ciudad. La red abarca organizaciones que trabajan en la defensa del agua, las semillas, los alimentos y las plantas medicinales, con organizaciones que propenden por la apropiación del ciclo alimentario dentro de sus comunidades.

“Nosotros y nosotras queremos rescatar la posibilidad de volver a nuestra tierra...rescatar lo que hacían nuestros ancestros y el valor que se le daba a los alimentos que consumimos, al trabajo de minga, al trabajo de unidad. A la chicha, al maíz, las arepas, los envueltos... En últimas, queremos rescatar el trabajo del campesino, valorar muchísimo ese trabajo que ellos hacen desde la tierra. Queremos poder hablar sobre los alimentos, conocer sus procesos, para mirar que la papa no llega misteriosamente al plato de la mesa, sino que hay todo un proceso detrás” (Hermencia Guaqueneme, líder comunitaria).

Además de la siembra en antejardines patios familiares, la comunidad cuenta con tres lotes de amplias extensiones para el cultivo de tubérculos, hortalizas, plantas medicinales y árboles frutales. Dos de los lotes colectivos llevan siendo trabajados hace aproximadamente 10 años, y son espacios que fueron cedidos en calidad de préstamo por parte de la iglesia y los vecinos. A diferencia de estos, la granja experimental Hugo Fernández es el resultado de una compra colectiva más reciente que hicieron varias organizaciones con el ánimo de asegurar un espacio donde poder articular el trabajo con varias escuelas primarias, incentivando a través de la agricultura su sentido de pertenencia frente al territorio. La denominan granja porque además de los cultivos, cuenta con una zona de lombricultivo y alberga conejos, gallinas y una cabra.

Semanalmente las jornadas de trabajo son atendidas por diferentes grupos, no obstante, para las fechas de cosecha o mantenimiento general del terreno, se convocan mingas comunitarias a las que asisten vecinos de ese y otros barrios, amigos y organizaciones cercanas. Al finalizar la jornada, los asistentes se reúnen a compartir almuerzo alrededor de la olla comunitaria.

“Cuando nosotros cosechamos, nos reunimos a través de la cosecha a sacarla y hacemos una olla comunitaria... ¿por qué? Porque es que la olla comunitaria para nosotros es muy significativa en generar organización, porque cada uno aporta algo: la huerta nos aporta, si hizo falta algo para hacer la olla entonces cada uno aporta algo, la olla comunitaria ha generado procesos organizativos que nos ayudan a consolidarnos. Es así que se consolidó el hogar infantil, la Casa Taller, la EPI, el grupo de mujeres y los abuelos.”

La compra del lote donde hoy funciona la granja representa el culmen de un proceso por el acceso a la tierra que viene germinando desde hace 40 años. Un proceso que comenzó con la lucha particular de muchas familias por acceder a una vivienda y que en la actualidad se ha tornado en un proyecto colectivo donde la compra, adquisición y posesión de los espacios se hace de manera grupal a través de las organizaciones.

“Creemos que la granja nos ha permitido evidenciar el trabajo que teníamos dentro de nuestra comunidad, la posibilidad de poder encontrar lo que tenemos en el resto de territorio. Entonces nos ha creado unidad, nos ha creado expectativas para conocer más, nos ha dado la posibilidad de que otras personas se unan y vengán a generar procesos, esto ha sido muy importante. Aunque llevamos poco con la granja de ahí hemos sacado papa, hemos cogido alverja, habas, frijol, tenemos ya curubas, tenemos lulos y todo eso lo hemos consumido nosotros mismos. Hay veces que vendemos algunos productos porque es bastante la cantidad que sale... la granja también necesita sostenimiento” (Hermencia Guaqueneme, líder comunitaria).

Actualmente, uno de los momentos más emblemáticos para la comunidad es cuando en junio de cada año se realiza la Feria del Maíz y la soberanía alimentaria, encuentro que en 2015 cumplió 10 años. La importancia de este encuentro reside en que a partir de él se vinculan las distintas organizaciones del cerro para compartir las experiencias y el trabajo que llevan desarrollando internamente. Tradicionalmente se dispone de dos días, uno al que asisten colectivos y organizaciones cercanas para discutir problemáticas comunes y delinear acuerdos y acciones, mientras que en el otro, asiste público de todo tipo para compartir y disfrutar de presentaciones culturales e intercambiar en el mercado campesino donde agricultores de toda la ciudad llevan sus alimentos y proyectos productivos.

“Es un reto muy grande, es como pelear contra un monstruo bien grande lleno de cemento, de ladrillos, lleno de contaminación... es grato para nosotros poder desarrollar esa clase de actividades acá y es al mismo tiempo un desafío, son muy escasas las ferias campesinas. Es como ir en contra de algunas políticas del mismo Estado, del mismo gobierno... es como ir en contra de la manipulación de las semillas que ellos tienen... tratar de recuperar nuestras semillas es muy importante para nosotros... no estamos de acuerdo con el manejo que se le da a la alimentación y a las semillas, y finalmente, las costumbres que se infunden en la gente, por eso nosotros hacemos esto” (Abel Chocontá, líder comunitario).

Probablemente el caso de Cerro Norte sirva de inspiración para los futuros hijos e hijas de los Cerros Orientales. Más que en un discurso, la riqueza política, cultural y social de este territorio reside en lo que hacen y el modo en que lo hacen. El accionar cotidiano de esta comunidad viene produciendo hace más de cuatro décadas, nuevos significados y relaciones

de poder,⁷ generando la capacidad de sus propios miembros para redefinir sus necesidades y carencias en términos de lucha y consecución de derechos. Las prácticas y experiencias de esta comunidad han potenciado la construcción de una identidad rural que resiste ante los rezagos de una urbanización salvaje, otro de los síntomas del leviatán neoliberal contemporáneo. A través de la organización y movilización de esfuerzos desde el territorio, Cerro Norte le ha dado sentido a su propia construcción de un futuro colectivo.

Bibliografía

Correa Hernán y Millán Juliana, La construcción alternativa de políticas populares. Hacia la soberanía, la seguridad y la autonomía alimentarias, Ediciones Desde Abajo, Bogotá, 2015

Faundes Juan Jorge, “La fértil huella del exilio chileno en Bogotá. Alternativa popular al Leviatán neoliberal, Revista Punto Final N.726, Santiago de Chile, 2011.
<http://www.puntofina.cl/726/Exilio.php>

Mesa Ambiental de Cerros Orientales, “Territorios populares, ambiente y hábitat. Propuestas de Política Pública desde los cerros orientales de Bogotá.”, Biblioteca Virtual CLACSO, Bogotá, 2008.

Torres Alfonso, La ciudad en la Sombra. Barrios y luchas populares en Bogotá, 1950-1977, Cinep, Bogotá, 1993

-----, “Organizaciones populares, construcción de identidad y acción política”, CINDE – Biblioteca Virtual de CLACSO, Manizales, 2006.

-----, “Barrios populares e identidades colectivas”, Serie Ciudad y Hábitat – N.6 – 1999 www.barriotaller.org.co

Créditos:

Comunidad Cerro Norte, Bogotá

Sistematización realizada por Juan Jacobo del Castillo, Colectivo Digna Rabia

Fotografías de Jacobo del Castillo y Daniel Parada

Comunidad Cerro Norte, abril de 2016

⁷ Torres Alfonso, “Organizaciones populares, construcción de identidad y acción política”, CINDE – Biblioteca Virtual de CLACSO, Manizales, 2006.



MOVIMIENTO
REGIONAL
COLOMBIA POR LA TIERRA

Galería fotográfica



Feria del maíz Cerro Norte 2015



Granja Agroecológica Experimental Hugo Fernández



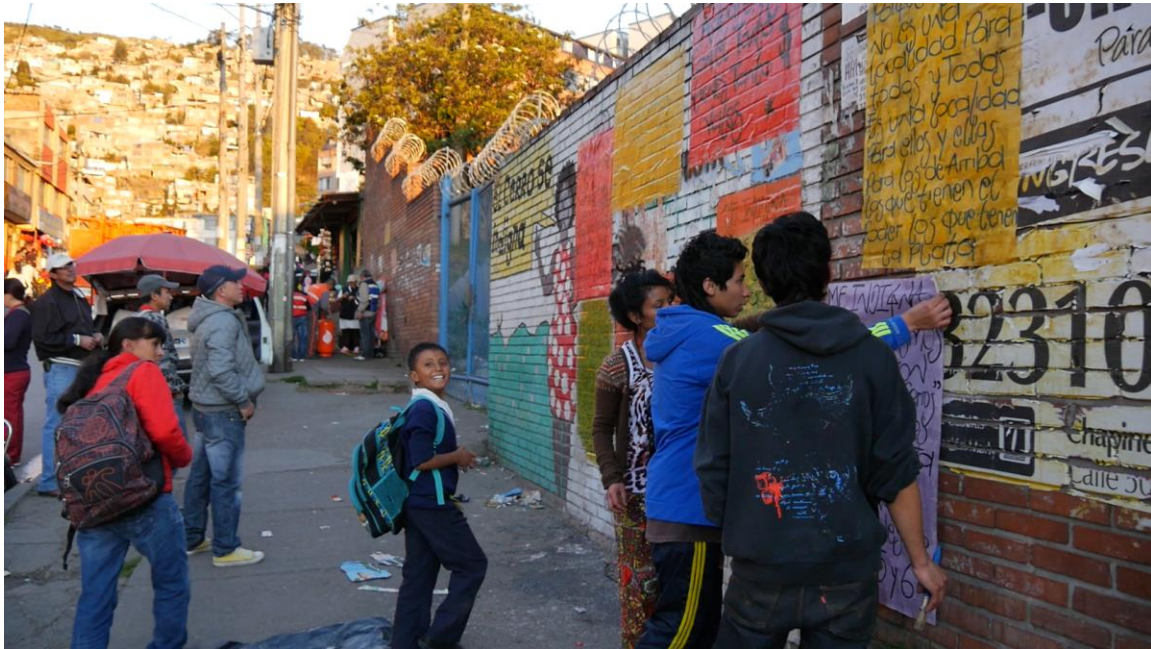
Don Marcos, uno de los adultos mayores que pertenece al grupo de agricultores



Minga de trabajo en la granja agroecológica. A jornada asisten niños, jóvenes y abuelos.



MOVIMIENTO
REGIONAL
COLOMBIA POR LA TIERRA



Jóvenes de Cerro Norte y Villa Nidia preparando la publicidad para las jornadas de indignación campesina y popular. Agosto 2015



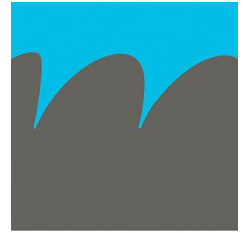
De izquierda a derecha: Hermencia Guaqueneme, líder comunitaria; Doña Esther, una de las primeras habitantes en llegar al barrio.



Hermencia y los niños del jardín en la granja agroecológica.



Doña Carmen y un grupo de jóvenes en tareas de mantenimiento de uno de los lotes comunitarios.



MOVIMIENTO
REGIONAL
COLOMBIA POR LA TIERRA



Vista de Bogotá desde Cerro Norte